

§ 107.

La libertad de la voluntad creadora divina

Dios ha creado el mundo mediante un acto de su voluntad absolutamente libre (dogma).

1. Véase la condenación de Abelardo (D. 374), el *Decretum pro Jacobitis* (D. 706), la carta del papa Pío IX al cardenal de Colonia sobre la doctrina de Günther (D. 1655), el Concilio Vaticano (sesión tercera, cap. I, D. 1783) y el canon 5 sobre Dios, la condenación de la doctrina de Rosmini (D. 1908).

En oposición a las concepciones erróneas de Hermes y Günther, el concilio provincial de Colonia elaboró en 1860 una detallada exposición de la libertad del acto creador divino: "Dios creó, cuando le plugo, movido de su bondad, todas las cosas, las espirituales y las corporales (concilio de Florencia). Pues Dios no necesita del mundo ni para obtener en él mayor perfección—El es absolutamente perfecto y se basta a sí mismo—, ni tampoco para aumentar su vida interna mediante el acto de la creación—esta vida está llena del conocimiento y amor de su propia infinita esencia—. Si se quiere hablar de una procedencia necesaria, puede decirse que ésta tiene lugar en la de las divinas personas, la cual no necesita ser perfeccionada mediante la creación externa, porque ella es de sí completamente perfecta. Tampoco puede decirse que Dios ha creado necesariamente el mundo para poder percibir conscientemente, como se percibe conscientemente a sí mismo, cosas distintas de El, en cuanto han de ser creadas o han sido creadas por El. Porque ni la conciencia ni el saber de Dios necesitan ser complementados mediante el conocimiento de una cosa distinta de El, Dios no puede recibir perfeccionamiento alguno por parte de cosas externas. El conocimiento de la posibilidad del mundo, que, naturalmente, no podía faltarle, le poseía mediante la visión perfecta de su propia esencia, que contiene los arquetipos de todas las cosas, y mediante el conocimiento de su poder creador. Sólo a su bondad se debe el hecho de que Dios, cuando crea, comunica necesariamente bienes y quiere necesariamente el bien de las cosas creadas. Pero su bondad no le impulsó de tal modo que necesariamente tenga que crear; porque sólo Dios, o su esencia, es para sí mismo el bien supremo, lo mismo que para los hombres, y necesariamente tiene que quererlo y amarlo siempre. Ahora bien, Dios puede amar su infinita esencia o su absoluta bondad sin la creación de las cosas. Si bien es cierto que Dios quiere necesariamente su bondad, no por eso Dios quiere necesariamente las cosas que quiere crear en virtud de su bondad; porque su bondad puede subsistir sin las cosas. Es también claro que Dios quiere y ama

libremente las cosas con el mismo simple acto con que Dios se quiere y se ama necesariamente a sí mismo y su bondad; porque este acto es infinito y por eso basta para todo lo demás, sin adición alguna; es un acto capaz de todo. Lo mismo que Dios era libre de crear o no crear el mundo, así también era libre de crear éste u otro mundo. En efecto: los mismos argumentos que demuestran la libertad de Dios con respecto a la creación del mundo, demuestran también que era libre de crear éste u otro mundo. La seria ponderación de esta plenísima libertad en lo concerniente a la creación del mundo inspira a los cristianos sentimientos de agradecimiento para con Dios, el cual nos ha creado de la nada sin haber sido obligado por ninguna necesidad. El mundo no ha existido desde la eternidad, sino que ha sido creado por Dios en el tiempo. Aquel acto mediante el cual quería la existencia del mundo, existía desde la eternidad en Dios, pero su efecto ha tenido lugar en el tiempo, mejor dicho, al principio del tiempo" (NR 179-83).

2. En cuanto a lo que se refiere a textos de la *Sagrada Escritura* sobre este particular, pueden verse: *Ps.* 135 [134], 6; *Job.* 9, 2-24. Dios lo determina todo conforme al decreto de su voluntad: *Eph.* 1, 11 (cfr. el § 87, sobre la libertad de la voluntad divina).

3. La libertad se refiere tanto a la *producción del mundo en general* como a la elección de un *mundo determinado*. Dios no estaba sometido a ninguna clase de presión externa y de necesidad interna. No tuvo lugar lo primero, porque existe con absoluta independencia; lo segundo, porque es la suprema perfección y bienaventuranza.

Dios no tenía necesidad del mundo ni para adquirir la plenitud de la autoconciencia, ni para obtener la propia perfección, ni para disponer de un objeto donde poder desarrollar su actividad, pues Dios es acto puro uno y trino y eternamente perfecto (véase el *Tratado sobre la Trinidad*, especialmente la doctrina de las relaciones en Dios). La criatura tiene un ser precario, limitado y finito; por eso necesita impulsos e influencias exteriores para su perfeccionamiento. Abandonada a sí misma, sería víctima de un aburrimiento paralizante y de un hastío que llegaría a entorpecer su desarrollo vital (§ 106). Dios, al contrario, a causa de su infinita plenitud vital, no puede anhelar mayor perfeccionamiento.

Tampoco puede objetarse que su bondad y omnipotencia no han estado nunca inactivos, de modo que esos dos atributos exigen de él la creación del mundo. La autocomunicación, que por esencia pertenece a la bondad, y la actividad, que corresponde por esencia a la omnipotencia, se han realizado de modo exhaustivo desde la eternidad en las procesiones immanentes divinas. En la mera

creación del mundo no hubieran podido realizar de un modo perfecto su poder infinito.

“La omnipotencia es un poder de creación; pero también puede decirse que es un poder de no-creación, en cuanto que Dios puede soportar la nada, de modo que Dios, absoluta plenitud vital, no necesita crear necesariamente, sino que puede permitir que siga subsistiendo la nada, de tal modo que crea libremente cuando produce algo. El concepto de poder implica siempre el concepto de poder libre. El poder no es un signo de divinidad en el sentido de que Dios tendría que crear necesariamente para ser Dios. Tampoco consiste ese poder en la posibilidad de negar y suprimir la nada, y esa supresión y negación serían la creación. Antes bien, Dios es un ser absolutamente libre ante la nada y con esa su libertad puede afirmar la nada o puede negarla: puede afirmarla en cuanto que la deja subsistir; puede negarla en cuanto que la suprime mediante la creación. Dios es muy dueño de dejarla subsistir o de suprimirla. Precisamente en esto consiste la omnipotencia verdaderamente divina, la grandeza de la misma, de una omnipotencia a la que nada ni nadie puede inquietar, de modo que la idea de la nada pretemporal no consiguió excitarla o dejar de retener su poder y a proceder a la supresión de la nada. La idea del no-yo divino, lo mismo que la idea de la nada, no implican para Dios la necesidad de producir el mundo” (Staudenmaier, l. c. 120 y sig.).

Parece, sin embargo, que se da en relación a la actividad creadora de Dios una hipotética necesidad que fluye espontánea de la esencia de Dios y del concepto de creación; más aún, que al realizar la creación con una decisión absolutamente libre no puede crear un mundo caótico, sino un mundo ordenado; igualmente, que El creó no sólo un mundo material, sino también un mundo espiritual, pues un mundo exclusivamente material carecería de sentido.

4. El *optimismo absoluto*, tal como lo representan Abelardo, Malebranche y Leibniz, es una limitación de la libre voluntad creadora divina, difícilmente compaginable con las enseñanzas del dogma católico. En la creación del mundo, Dios manifiesta de modo finito su bondad, su hermosura y su felicidad. El modo y medida de esta automanifestación dependen exclusivamente de la libre voluntad divina. Cuando Leibniz afirma que la bondad y sabiduría divinas exigen del Creador la creación del mejor mundo posible, se deja guiar por la falsa idea de que Dios tiene que realizar en la creación del mundo todas las posibilidades que se le ofrecen, tiene que dar lo mejor que puede dar. Por lo que se refiere a la criatura, dada su capacidad de incesante evolución y perfeccionamiento,

sería incomprensible que prefiriese lo menos bueno a lo mejor. Cuanto mejor sea una cosa, en tanto mayor grado contribuirá a realizar su perfección. Dios, al contrario, no puede experimentar perfeccionamiento alguno, por muy perfecta que sea la obra. (Además, la idea del mundo mejor posible, privado de toda imperfección, implica una contradicción, pues por perfecto que sea ese mundo siempre se podrá pensar un mundo mejor, mientras no sea perfecto en el sentido en que lo es Dios.)

Newman describe admirablemente la imperfección del mundo en su sermón *Misterios de la naturaleza y de la gracia*: "Supongamos que esta innovación se ha fijado en el plan divino, de suerte que la Creación ha de comenzar a existir. ¿De qué se compondrá, caros hermanos míos? Sin duda alguna de seres que alaban y glorifican a Dios, capaces de admirar sus perfecciones y de cumplir su voluntad; dignos, según lo posible, de rodear su trono en calidad de servidores y de hacerle compañía. Y ahora mirad en torno de vosotros y decidme hasta qué punto la realidad corresponde a esta suposición: En la Naturaleza, que nosotros sepamos, existe una sola especie de criaturas racionales, y miles de especies que no son capaces de amar y conocer al Creador. Millones y millones de seres gozan de la existencia, pero entre todos ellos sólo el hombre puede elevar su mirada hacia el cielo. ¿Y qué es el hombre, por numeroso que pueda ser el género humano, qué es el hombre comparado con esa innumerable multitud? Imaginaos la desconcertante multitud de animales que pueblan la tierra, los pájaros debajo de la bóveda celeste, los peces en las profundidades del mar; sobre todo, las innumerables especies de insectos, que no podemos contar debido a su pequeñez ni podemos conocer a causa de su diversidad. Es verdad que todos glorifican al Señor, lo mismo que los elementos: "El fuego, el granizo, la nieve, la niebla, el viento tempestuoso, que ejecutan sus mandatos" (*Ps.* 148, 8). Pero ninguno de ellos posee un alma y ninguno sabe quién lo ha creado o que ha sido creado; ninguno de ellos puede servirle en el sentido estricto de la palabra; ninguno de ellos puede amarle. ¡En verdad, cuán lejos está de ser el mundo lo que podría ser! Ni siquiera posee la mayor perfección posible—lleva estampado en sí mismo un sello de imperfección—. Es cierto que todo es bueno "según su especie", pues de otro modo Dios no lo hubiera creado; pero Dios hubiera podido manifestar su gloria en el mundo de un modo más perfecto, y ¡con cuánta mayor magnificencia hubiera podido derramar sobre él su benevolencia! ¡Hubiera podido crear un mundo mucho más hermoso y divino que ese mundo que ha sacado del silencio eterno! De nuevo repito yo: dejad a la razón que conteste las preguntas que aquí surgen. ¿Por qué no se ha rodeado de seres racionales y por qué no ha dado un alma a cada uno de los átomos? ¿Por qué no son de naturaleza angélica el escabel de su trono y el suelo de su templo, seres capaces de ensalzarle y glorificarle cuando le prestan sus servicios? Llamad al espíritu del hombre y su fantasía y encomendadles la empresa de idear un mundo, y veréis, caros hermanos míos, que el hombre imaginará el plan de un mundo mucho más perfecto que el que se ha dignado crear el Todopoderoso y

Omnisciente. Con toda la noble ambición del artista se esforzaría por construir para el Señor de todas las cosas un palacio en que cada una de las partes y cada una de las formas particulares presentarían la mayor perfección posible. Pero dejemos de lado las construcciones de la fantasía personal, las imaginaciones idealistas, la refunfuñante crítica en el sector de este inagotable tema; volvamos de nuevo a contemplar la realidad tal como se nos presenta. ¿Qué descubrimos en ella? Vemos un universo en gran parte material y caduco, en el cual actúan leyes de insondable profundidad, leyes en que se revela la actividad de un sabio maestro; pero carece de vida y sensibilidad. Inmensas esferas lanzadas en el espacio, recorriendo la línea de sus órbitas con movimiento mecánico; fuerzas admirables que llegan hasta los más oscuros rincones y poros del mundo, veloces y atrevidas como el pensamiento, pero desvalidas y débiles, lo mismo que la cubierta terrena de donde sale el pensamiento. Vemos, además, vida que carece de la capacidad de sentir; miríadas de árboles y plantas—"la hierba del campo"—de radiante hermosura para los ojos, pero inanes y sin valor en lo que respecta al cielo. Y cuando aparecen juntas la vida y la capacidad de sentir, ¿no descubrimos acaso un misterio todavía mayor? Ante nosotros se desarrolla el espectáculo de la naturaleza animal. Descubrimos instintos, sentimientos, inclinaciones y pasiones, reguladas en nosotros o dominadas por la razón, y ante las cuales retrocedemos espantados cuando se manifiestan desencadenadas y sin freno, como ante cosas terribles y odiosas, porque en nosotros serían pecados. Nos vemos rodeados de millones de seres racionales, y uno se sentiría inclinado a pensar que el Creador ha dejado una parte de su obra en el estado caótico original, tan horrorosos son estos seres, que se mueven, sienten y obran sin reflexión ni principios. Dios ha impuesto leyes a la materia, ha separado el agua de la tierra seca, lo pesado de lo ligero, y la luz de las tinieblas: "No temblaréis ante mí, que de arenas he hecho muro para el mar, muro perpetuo que no podrá traspasar" (*Jer. 5, 22*); ha dominado los elementos y los ha sometido al servicio de la totalidad. Ahora bien, los animales salvajes viven abandonados a sí mismos, sin yugo sobre la cerviz, sin bocado entre los dientes, enemigos de todo lo que encuentran a su paso y, al mismo tiempo, incapaces de amarse a sí mismos. En virtud de un interno impulso de su naturaleza, viven los unos de la carne de los otros. Los ojos, los dientes, las garras, los músculos, la voz, los movimientos y toda la constitución del cuerpo, revelan violencia y sed de sangre. Podría creerse que sólo han sido creados para producir dolores a otros seres; con saña se arrojan sobre la presa y la devoran cruelmente. Casi todos los sentimientos y pasiones que en el hombre son pecaminosos, son en ellos fuerzas desenfrenadas o irresponsables. El ensañamiento, la crueldad absurda, el odio, la alevosía, la envidia, la venganza, la traición, la maldad, los celos, la lascivia, la ufanía, la voracidad, todos los vicios encuentran entre ellos representantes... El hombre es la obra maestra de Dios; el hombre es la flor y perfección de la Creación visible, un ser destinado a servir a su Señor y a adorarlo. Ahora bien, contemplad al hombre, vosotros los sabios, los que os burláis de la palabra de la Revelación, examinad al hombre y decidme con sinceridad: ¿Es el hombre un don digno de ser presentado en el altar del Dios infinito? No me refiero a su pecaminosidad; esta expresión no tiene para vosotros significado alguno o trataríais

de invalidarla con vuestros argumentos. Consideradlo tal como se presenta en el mundo. ¿No concederéis que la mayor parte de los hombres vive sin dejarse guiar por principios ni fines determinados y que son muy pocos los que honran a su Creador? ¿No veis que la vida entera es un conjunto de hostilidades, engaños, crueldades, opresiones, injusticias y violencias? ¿No reconocéis que las admirables capacidades del hombre no pueden desarrollarse completamente debido a la brevedad de la existencia? ¿Y os atraveséis todavía a afirmar que el yugo de la Iglesia es demasiado pesado, puesto que al contemplar el universo de un extremo al otro la fuerza de las razones os obliga a confesar humildemente que Dios no ha creado nada perfecto, que ha creado cosas inánimes y caducas y un mundo de espíritus inmortales que se sublevan continuamente contra él?"

A pesar de los tétricos colores con que Newman pinta aquí la imagen del mundo, hay que reconocer que no faltan en él matices claros y luminosos. Si Dios no creó el mejor de los mundos posibles, no estaría en conformidad con su misma naturaleza el que hubiera creado el peor de los mundos... Todas las cosas son de por sí buenas, y Dios no ha creado nada que fuera por esencia malo o destinado a hacer la maldad.

Que Dios no haya creado un mundo mejor que el que ha creado es un misterio que quizá pueda esclarecerse con las siguientes reflexiones. La creación del mundo es una autoexteriorización de Dios en lo finito. Mediante la creación, Dios revela su gloria y al mismo tiempo la vela necesariamente. Dios oculta en el mundo su grandeza y su hermosura. Para hacerlas aparecer visiblemente en las criaturas tiene que ocultarlas (cfr. los §§ 37-63 y sig.). Ahora bien, todas las acciones divinas reciben de la infinitud la ley de su estructuración interna. También en la autoexteriorización actúa Dios en su calidad de ser infinito. También aquí supera toda previsión y esperanzas finitas. Dios se prodiga a sí mismo, reparte a manos llenas toda su riqueza. Este comportamiento sería en la criatura un acto de locura. La riqueza de la criatura es finita y ésta no puede prodigarla. En Dios es un signo de plenitud inexhaustible. Como quiera que su gloria y su riqueza no sólo no pueden agotarse, pero ni aun siquiera pueden disminuir, puede permitirse el lujo que es tal comportamiento, si nos es permitido hablar así.

Las tinieblas y la impureza no pueden tocar ni macular la pureza y la majestad divinas; por eso Dios puede "rebajarse" tanto. Dios no pierde nunca el dominio de sí mismo, y se posee con absoluto poder existencial, de tal modo, que no puede perderse: por eso puede humillarse y adoptar las formas de la debilidad creada y humana, hasta morir en la cruz. El que efectivamente asuma

tal humillación, sin envilecerse, sucede sin duda alguna para que su majestad e infinitud no nos aplasten, para que no nos sintamos en su presencia como átomos perdidos en la inmensidad del universo, para que creamos realmente en su simpatía y compasión, es decir, para que creamos que es el Dios vivo, el Dios que se acerca a nosotros, que nos habla, que nos reprende y castiga, que nos perdona y ama. Dios se reviste, pues, de imperfección para franquear y ocultar un poco el profundo abismo que se abre entre él y toda criatura, aun la suprema que haya podido crear; para que la criatura no pierda ni la confianza ni los sentimientos de amor (cfr. el Tratado sobre la Redención). El se manifiesta movido por amor y se oculta también movido por amor.

Newman (en el sermón sobre *La infinitud de las propiedades divinas*) dice: "Ellos (los hombres) la circunscriben y describen (la infinitud) según su capacidad de comprensión, la miden según su medida y la forman a su imagen y semejanza, y cuando llegan a descubrir algo de la profundidad e incommensurabilidad de ésta o aquella propiedad o perfección de su naturaleza divina, de su amor, de su justicia, de su poder, les hace mala impresión, se desentienden de ello y no creen. Precisamente la humillación de nuestro Señor nos ofrece un adecuado ejemplo. Lo que en un hombre sería exagerada generosidad o prodigalidad, es una actitud explicable y aun necesaria, si me es permitido decirlo así, cuando se trata del ser cuyos recursos son inagotables. En la historia leemos casos de generosidad oriental que nos parece fantástica y que en nuestra Europa, donde la riqueza no se halla en manos de unos pocos, como sucede en el Oriente, no sólo no sería aplaudida, sino que hasta inspiraría sentimientos de desprecio. La expresión "generosidad regia" se ha convertido en una especie de término técnico. Se quiere decir con ella que las riquezas de un rey son tan inmensas que el rey no sólo puede sino que hasta debe repartir los dones a manos llenas. Por consiguiente, cuando el Ser infinito hace algo que parece sobrepasar infinitamente las exigencias de lo necesario, su obrar es bueno, santo y sabio."

No obstante, el encubrimiento de la gloria de Dios no anula en absoluto su revelación. La autoexteriorización de Dios es tal, que también se manifiesta su gloria. Lo mismo que ni el corazón ni los ojos humanos son capaces de comprender toda la tristeza y melancolía del mundo, así tampoco ni el corazón ni los ojos humanos son capaces de percibir toda la gloria divina que se revela en el mundo.

Véase la bibliografía del § 93. Además, A. Rozwardowski, *De optimismo universalí secundum S. Thomam*, en "Gregorianum", 1936, 254 y siguientes.